



**PEDRO TRIGO**

**El evangelio cristiano dice a los habitantes de las grandes ciudades que el anonimato no es una excusa para entablar relaciones signadas por el desapego, la objetualización de los seres humanos, la agresividad sorda o declarada y la lucha despiadada por la prevalencia.**

Las grandes ciudades actuales no se diferencian sólo de las de hace cincuenta años por el tamaño. Las grandes ciudades de entonces se parecen a las ciudades actuales de menos de dos millones de habitantes. Las megalópolis de hoy son otra cosa. Y para la evangelización es importante tenerlo en cuenta. Si la realidad es cualitativamente distinta, no pueden seguirse usando los mismos métodos aunque a mayor escala. Hay que percatarse de la especificidad y responder a ella.

#### **Caracterización de la megalópolis del tercer mundo**

La megalópolis no posee ya la organicidad y por tanto la unidad que caracterizó a las ciudades a través de la historia. Siempre la ciudad fue compleja e internamente diferenciada. Pero incluso cuando las diferencias fueron contradictorias, al formar parte de una misma realidad, se acababa llegando a algún tipo de resolución que la transformaba. Ahora lo primero que salta a la vista es la fragmentación, hasta tal punto que, sobre todo en ciudades del tercer mundo, ya no existen espacios públicos compartidos. La causa última de esta fragmentación es el abandono de la ciudad por parte de las élites. Antes las élites vivían en lo mejor de la ciudad y esa configuración altamente cualitativa era fuente de hegemonía para el resto de la ciudad que la contemplaba admirado. Ahora por el contrario, los ricos se han tornado invisibles; y este criterio de la invisibilidad es el nuevo paradigma de la distinción. De ahí que la ciudad tienda a semejar un archipiélago de feudos surcado por grandes vías de comunicación, en donde lo único abierto es el territorio abandonado por los de arriba o construido para los de abajo o directamente por ellos.

Las ciudades grandes de la Europa de los años 60 recibían su fisonomía de las clases medias que las habitaban, desde

# Evangelización de las grandes ciudades

la clase media alta, que lindaba con la alta burguesía, a la clase media baja que luchaba por despegarse de los estratos populares y contradistinguirse de ellos. Hoy la megalópolis del tercer mundo se caracteriza precisamente por la disminución galopante de esta clase como configuradora de la ciudad, con el resultado de una polarización brutal entre los de arriba y los de bajo. Ella es la causa de la inorganicidad de la megalópolis. Porque esta polarización creciente no está contrapesada por ningún proyecto societal o nacional que sirva de cemento social. Ni siquiera el consumo privado de la televisión homogeneiza ya: los de arriba apenas ven programas nacionales y los de abajo sólo ven los canales nacionales, y en general programas hechos precisamente para ellos.

La ausencia de un horizonte compartido y de proyectos confluyentes en el seno de esta ciudad amorfa da como resultado que el sujeto de estas megalópolis sea el individuo. No ya la familia ni la clase social ni ninguna otra cualificación colectiva sino el individuo.

Este individuo, que tal vez en un primer momento pudo sentirse liberado de lazos sentidos como amarras, ahora se ve fundamentalmente solo y perdido, sin señas de identidad e imposibilitado de reconocerse. Pero desde ahí vive navegando en una existencia aleatoria, que se parece a la experiencia de internet. Sin embargo, como en la red, poco a poco se decantan preferencias y también hay quienes avanzan a paso seguro porque tienen propósitos definidos.

## **El individuo, sujeto y destinatario de la evangelización**

Pues bien, creemos que para la evangelización de la megalópolis el destinatario privilegiado es el individuo. Existe la opinión contraria de que esta evangelización debe dirigirse a los ambien-

tes. Nosotros no lo creemos así. Pensamos, por el contrario, que en el siglo XXI el cristianismo sólo mantendrá viva su llama a través de individuos que sean ellos mismos fuente, que den de sí, que irradian.

Por eso debe ser desechada la equiparación de individuo e individualismo. Es cierto que ésa es una de las direcciones que puede tomar el individuo, y en las condiciones apuntadas de la megalópolis, bajo la égida del mercado, ésa es la propensión inducida. Pero no es la única posible, de tal modo que la canalización solidaria de la individualidad no es excepcional, aunque sí minoritaria. Más aún, hay que asentar que en las condiciones actuales sólo desde una individualidad madura y fuertemente desarrollada cabe un ejercicio cualitativo y fecundo de la solidaridad.

Si el individuo es el destinatario privilegiado de la evangelización de las megalópolis, correspondientemente también el individuo es el sujeto de ella. Aquí radica la mayor dificultad para la evangelización. Creemos que la práctica eclesial establecida tiende a inhibir al sujeto empírico del evangelizador, que queda eclipsado por su papel oficial, una caracterización fundamentalmente estandarizada, que predetermina la relación, imposibilitando casi que sea una relación interpersonal.

No se presta atención a lo que dice el cura o el obispo porque se espera que se atenga a pautas prefijadas, es decir porque la expectativa es que dirá lo que tiene que decir, no lo que a él le parece. Si no es una respuesta de un sujeto real a una pregunta que ciertamente es real, no es en rigor una respuesta sino una declaración de principios, una mera doctrina.

Por eso el sujeto evangelizador no puede ser la institución eclesial sino los cristianos concretos. Si decimos cristianos concretos, es que los asumimos con todas sus determinaciones, en las que

se incluye su condición de obispo, de cura, de religiosa o de seglar. Pero todas ellas son cualificaciones secundarias, en el sentido de que no son ellas las que los definen como personas. Para decirlo de una manera sencilla: en el cielo no habrá curas ni religiosas ni seglares sino individuos únicos que se asumen como hermanas y hermanos, como hijos e hijas de Dios. Si alguien se identifica con lo que no dura porque sólo es una función en orden a lo fundamental, se distorsiona y despersonaliza. Al no vivir desde su autenticidad personal, no puede contribuir a la personalización de otros: no puede evangelizar.

Esto significa que la evangelización debe tomar la forma del testimonio: sólo una llama prende otra llama. Esto no implica caer en el individualismo religioso. No nos predicamos a nosotros mismos. El contenido del evangelio es Dios, su decisión de reinar sobre cada corazón (reinado de Dios) y de establecer el mundo fraterno de los hijos de Dios (reino de Dios), tal como Jesús lo reveló (habló de él y lo hizo presente) y tal como él lo inició (al ser resucitado por Dios de entre los muertos). Pero este evangelio sólo se comunica realmente cuando es el evangelio de Jesús según el evangelizador, es decir cuando se habla a la medida del don recibido, desde un encuentro real con Jesús y desde la transformación salvadora originada en ese encuentro.

Por eso la evangelización de la megalópolis debe comenzar con la evangelización de los propios cristianos. Porque no se puede presuponer que vivamos desde este encuentro inmanipulable y progresivamente totalizador con Jesús de Nazaret. La evangelización tiene que tomar la forma de un proceso de iniciación en el misterio cristiano. Y el portador de esta propuesta sólo puede ser una persona que vive entregada a ese mismo proceso. Este proceso, que entraña algún género de muerte (salir

de sí, ser conducido, morir al propio pecado), sana y libera. Evangelizar es comunicar esta experiencia de muerte y transformación para una vida más plena, y propiciar esa misma experiencia en el que abre su corazón a este encuentro. De entrada nuestra Iglesia no es una Iglesia de testigos. Por eso la primera tarea es remover las aguas, quebrar esa normalidad rutinaria y entregarnos humilde y generosamente a ese encuentro con la comunidad divina. En él trasciende la Iglesia y sin él es sal que ha perdido el sabor y no sirve para nada. Una Iglesia configurada como institución que ofrece servicios religiosos y sociales es una Iglesia vacía de misterio y por eso incapaz de salvar, y encubridora de ese vacío (suyo y de la sociedad) y por eso coartada para mantenerse en el pecado sin transformación superadora.

### **Los cristianos como ciudadanos**

Hemos sostenido que el destinatario de la evangelización es el individuo, célula mínima de la ciudad. Pero si el contenido de la evangelización es la presencia vivificadora de Dios que nos libera y así nos habilita para corresponderle, eso significa que el resultado de la evangelización es poner al sujeto en relación. Una relación tan profunda que nos configura y define: nos llamamos y somos hijos de Dios.

Pero este destino del individuo no se cumple como cara a cara ensimismado. Si Dios sostiene la vida de uno y uno se ocupa de las cosas de su Padre, eso significa que mantenerse en el amor de Dios lleva a amar a los que proceden de Dios con el mismo amor con el que somos amados por Él, y con ese mismo amor colaborar para que llegue a su plenitud la creación y se constituya el mundo fraterno de los hijos de Dios. El correlato de la relación filial con Dios es, pues, la relación fraterna con los seres humanos y la relación biófila con toda la creación.

## **¿Cómo sería una ciudad para todos, cuya célula siga siendo el individuo, que mantenga la legítima fragmentariedad, pero que no sólo haga posible sino que sea expresión de relaciones personalizadas tanto comunitarias como en el anonimato social?**

En tanto clérigos y laicos nos vayamos haciendo cristianos, iremos asumiendo solidariamente nuestra condición de ciudadanos. Es claro que no estamos hipotecados a la configuración actual de nuestras ciudades, ni la consideramos sagrada ni pensamos por eso que tiene sentido que las personas sean sacrificadas para que se mantenga. Para nosotros esta ciudad no es escatológica y por eso nosotros no nos definimos por ella. Nosotros no tenemos aquí ciudad permanente y andamos buscando la del futuro (Hbr 13,14). Si no nos definimos por ella ¿en qué sentido somos ciudadanos? Estamos llamados a ser tan solidarios con la ciudad como lo es el Dios que se reveló en Jesús. Él nos salva desde dentro: compartiendo nuestra historia. Pero no asumiendo la figura de un líder que nos sustituye sino suscitando un movimiento de reciprocidad de dones en el que el don de Dios tiene la primera palabra, pero una palabra que suscita nuestras respuestas libres. Un movimiento de reunión en el que cada persona da de sí sin perderse y recibe sin anularse, un movimiento que constituye un cuerpo social. Ese cuerpo social es la Iglesia como embrión de esa humanidad renovada a la que todos somos llamados. Por eso el individuo que hemos considerado sujeto de la evangelización es tal en el seno de una comunidad y convoca a entrar en esa comunidad fraternal, que no es totalitaria ni se transforma en ídolo porque está abierta a los demás y al misterio que la funda.

Es palpable que el modo como Dios nos salva en Jesús guarda correspondencia con el horizonte ideal de las ciudades, con la utopía que mueve a constituir-

las y que, aunque nunca se realice, dinamiza como meta a la que se tiende y desde la que se valora lo que se va logrando. La cultura de la democracia, que es el alma de la ciudad, toma en cuenta la existencia de intereses divergentes e incluso contrapuestos, pero sólo puede procesarlos superadoramente si los encuadra en ese horizonte de trascendencia humana que en Occidente ha sido simbolizado con la tríada sagrada de libertad, igualdad y fraternidad.

Jesús fue asesinado por los que no aceptaron la palabra horizontal y mutua, y menos aún como vehículo de la salvación de Dios. El asesinato es la negación absoluta de la palabra. Al asesinarlo los líderes sacándolo fuera de la ciudad, patentizaron el pecado de la ciudad. Pero al resucitar a su enviado, Dios revela definitivamente su designio de salvación y consagra para siempre el camino de Jesús.

En toda ciudad alienta el espíritu de las relaciones horizontales, mutuas y abiertas que en la Pascua fue derramado sobre toda la humanidad. Pero también actúa el poder que oprime y la concupiscencia, sobre todo del dinero, que sacrifica a las personas, y la resignación al mal que permite que haya víctimas. En la ciudad existen estas dos tendencias. Los cristianos no nacemos cristianos en la ciudad. Nacemos ciudadanos y por tanto atravesados por esas tendencias opuestas. En la medida en que, convirtiéndonos, nos vamos haciendo cristianos, echamos con Dios la suerte con nuestros conciudadanos y con su voluntad de constituir en ella un territorio humano, unas relaciones, instituciones y estructuras que propicien el que nos constituyamos como humanos. Así nos vamos haciendo hermanos de todos: de los conocidos y de los anónimos, de los que van en la misma dirección que nosotros, de los que no entendemos por dónde van y también de los que sacrifican a otros para mantener sus privilegios. Como a nadie da-

mos por perdido, queremos dialogar con unos y con otros para entre todos, tratar de entender mejor, y también con el propósito sincero de llegar a entendernos. Este es el modo cristiano de asumir nuestra condición de ciudadanos.

### **El evangelio de las relaciones largas**

Quienes determinan hoy la suerte de nuestras ciudades se resignan fácilmente a la exclusión de las mayorías. Los verdaderos cristianos, no. El evangelio cristiano dice a los habitantes de las grandes ciudades que el anonimato no es una excusa para entablar relaciones signadas por el desapego, la objetualización de los seres humanos, la agresividad sorda o declarada y la lucha despiadada por la prevalencia. El cristianismo proclama a la ciudad el evangelio de las relaciones largas. Dice que la humanidad del ser humano no se logra, si su amor no es capaz de expresarse en el ámbito de lo im-personal. Amar a los próximos sin amar a los desconocidos no tiene gracia (Lc 6,32-34). El amor a los que son del propio entorno no produce vida verdadera, si no capacita para prestar ayuda al anónimo que la necesita (Lc 10,25-37). Las relaciones cortas no personalizan cuando funcionan compensatoriamente respecto de unas relaciones largas despersonalizadas. El cristianismo proclama a la ciudad la complementariedad entre las relaciones cortas y largas: ambas deben ir en la misma dirección de afirmarse afirmando a los demás. Pero, si normalmente es imprescindible el aprendizaje de las relaciones cortas, empezando por la propia familia, la culminación de lo personal se realiza en las relaciones largas.

El cristianismo, si es vivido de la manera personalizada en que lo venimos presentando, capacita para aceptar ese riesgo de asumir lo público sin mesianismo ni angustia. Poner en común con sacrificio haberes propios para constituir un cuerpo social es hacer un acto

de fe. Fiarse de personas que no conoceremos nunca, es el acto de fe por excelencia, que se realiza frecuentemente de un modo cotidiano, incluso gris, pero verdadero. Si no, no cabe vida social que pueda llamarse humana. Si yo he recibido la fe que Dios tiene en mí, puedo a mi vez dar a otros de esa fe. En ese sentido dice Pablo que la fe se realiza en la solidaridad (Gal 5,6).

En nuestras ciudades el desconocido por antonomasia es el pobre. Ellos son la gran mayoría. El desconocimiento de los pobres en nuestras ciudades llega a la denegación de posibilidades de vida y de ejercicio de sus derechos. Si esta situación no se revierte, no será posible a la larga la vida humana en las ciudades. Por eso la evangelización de las ciudades incluye como su piedra de toque la opción por los pobres. Y los primeros que necesitan hacerla son los propios pobres. De este modo la evangelización de la ciudad pasa como mediación imprescindible por la evangelización a los pobres. Y depende de su éxito. Ya que los evangelizadores por excelencia son los pobres evangelizados.

El resultado de esta evangelización es el fortalecimiento de la subjetualidad popular, es decir el que estos pobres evangelizados lleguen a ser sujetos en la Iglesia y en la sociedad. Esto constituye una novedad histórica. La consecuencia en la Iglesia es la constitución de comunidades cristianas de base y su reconocimiento como la célula primordial a partir de la cual se estructura la comunidad parroquial y más en general la Iglesia. Como vecinos, estos sujetos sociales forman multitud de grupos, que aprenden a relacionarse con las instancias burocráticas y con profesionales y grupos de la ciudad de una manera inédita, es decir superando el esquema clientelar o asistencial e incluso el promocional y entablando unas relaciones horizontales y mutuas, simbióticas.

¿Cómo sería una ciudad para todos, cuya célula siga siendo el individuo, que

mantenga la legítima fragmentariedad, pero que no sólo haga posible sino que sea expresión de relaciones personalizadas tanto comunitarias como en el anonimato social? El evangelio es ponerse a soñarla con todo el deseo del corazón, con toda la plasticidad de la inteligencia y con toda la esperanza, porque la humanidad nos adviene al poner todas nuestras energías en ir haciéndola.

---

#### **PEDRO TRIGO**

Jesuita, teólogo y miembro del Centro Gumilla

.....

**La ausencia de un horizonte compartido y de proyectos confluyentes en el seno de esta ciudad amorfa da como resultado que el sujeto de estas megalópolis sea el individuo. No ya la familia ni la clase social ni ninguna otra cualificación colectiva sino el individuo.**